

## CONCEPTO DE ORACIÓN MONÁSTICA

*Ideas básicas a la luz de la Escritura, la Tradición y la Teología:  
relación entre oración privada y oración comunitaria, valor eclesial*

El tema general: “La oración monástica hoy” nos invita a tomar como punto de partida al monje de hoy para presentar las ideas básicas para un “concepto de oración monástica”. La oración monástica hoy es la oración de un monje de hoy, por lo tanto, de alguien a quien nada humano le es extraño (GS 46), que vive las grandes preocupaciones y temas centrales de la vida actual, pero a quien también le es actual el mandato evangélico que urgió a tantos monjes de antes: “es necesario orar siempre” (Lc 18,1).

¿Puede el monje de hoy, cuya vida está principalmente caracterizada por su dedicación a la oración, mirar de frente estos grandes temas de nuestro mundo actual: la persona, su dignidad, su libertad, su trascendencia? (cf. Pablo VI, 18 IV-66, a los Abades). Veremos que esta misma oración nos dará los elementos para responderlo. En efecto, si la oración es un diálogo con Dios, lo primero que se presenta es la pregunta; ¿cómo puede el hombre entrar en diálogo con Dios? Esto sólo es posible porque Dios ha hecho al hombre ser personal, lo ha hecho a su imagen (cf. *Ecclesiam Suam* III, Gn 1,26). Como imagen, el hombre está referido a Dios, orientado a Él y sólo puede ser verdadero hombre en unión con Él (GS 13 al 17).

### *I) Oración, encuentro personal con Dios*

La revelación nos asegura que a partir de su ser natural de persona, el hombre no puede orientarse más que al Dios personal (GS 19) el cual, develándose Él mismo, eleva al Hombre mediante la gracia y lo hace entrar en la intimidad de las relaciones intra divinas.

El personalismo, describe la persona como un ser en relación recíproca con un tú. Esta relación nace de una llamada y una respuesta. Es una relación de amor, dinámica, creadora. La relación personal tiende a crecer en diálogo, regalo, servicio. La persona está hecha para el diálogo y encuentra en él su descubrimiento hasta el punto que no llega a ser plenamente ella misma sino ante una persona y dirigiéndose a ella. Es el ser que, expresándose él mismo se realiza como persona. Esto alcanza su cumbre cuando el hombre dice, no cualquier cosa, sino cuando se manifiesta él mismo, cuando se compromete como persona en su palabra, cuando se hace presente y se actualiza en ella.

El hombre es apertura y llamada a otro, sea éste Dios o los hombres. Dios se manifiesta como persona y la fe lo reconoce como un Tu viviente que sale al encuentro del hombre. Cuando Dios manifiesta que se dirige a los hombres y quiere hacer alianza con ellos, este acontecimiento se realiza en una Palabra cuya sustancia solo puede ser captada por la fe (*Gn 2,1; Hb 7,2 s. 9. 5*).

Pero el creyente encuentra entonces a Aquel que se manifiesta en la Palabra. La relación que se instituye entre Dios y la persona creada toma la forma de una palabra. Es un diálogo. La persona se realiza en la palabra que dirige a Dios y Dios interpela a los hombres y los introduce, por medio de la Palabra, portadora de gracia, en la vida trinitaria, haciéndole participar del diálogo eterno que ocurre entre el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo.

El yo divino sólo puede ser conocido en virtud del don previo de su gracia y el hombre sólo puede responder al yo de Dios apoyado en esta donación divina. Por ella Dios lo encuentra en todo instante, lo llama, actúa sobre el hombre en la paz y el gozo del Espíritu Santo.

La oración es acogida de la voluntad de Amor de Dios y respuesta amante, formulada, de manera cualquiera, a este amor. Esto no puede ser accesible sino al que tiene experiencia de oración.

Cuanto mas radical es el abandono en la oración -lo que supone un corazón purificado- tanto más el encuentro con Dios tendrá un carácter existencial. Por actos de fe, esperanza y caridad (adhesión de la fe a la presencia de Dios, tensión de la esperanza a la salvación y don de sí al amor) se da este misterioso diálogo.

En la oración el cristiano se compromete según la dimensión mas profunda de su ser, la que está ordenada a Dios y por la gracia, abierta a la salvación.

## II) Bases Bíblicas

Hay coincidencia entre la historia de salvación y la historia de la oración. Toda la historia de la salvación es la historia de esta relación de amor que narra precisamente, dice Pablo VI en la encíclica *Ecclesiam Suam*, este largo y variado dialogo que nace de Dios y teje con el hombre una admirable y múltiple conversación. Dios llama, promete, el hombre responde, obedece (*Gn* 12,1. 15; *Mt* 16,24. Cf. *Vie Consacrée*, “La Prière”, año 43, n. 3). La iniciativa parte de Dios, es una corriente inmensa que nos precede, nos envuelve y con nuestra respuesta libre, torna a Dios, Es el amor de Dios que como fuego devorador (*Ex* 24,17; *Dt* 4,24; *Is* 33,14) nos interpela a lo largo de los siglos, se nos entrega incondicionalmente y despierta en el hombre una aceptación libre y amorosa aunque débil, limitada e inconstante (*Jn* 1,6; 18,17).

La Palabra de Dios por la que llamó a todos los seres y estos respondieron existiendo (*Gn* 1; *Pr* 8,22; *Sb* 8), llamará después a un grupo de hombres y mediante su precepto y alianza lo hará pueblo de Dios. No es ya el caos informe el que se somete, sino voluntades libres y un pueblo de dura cerviz (*Gn* 12,4; 22,1-3; *Ex* 15,24; 32,9; cf. “Palabra Inspirada” Alonso Schökel).

Este pueblo es el sujeto de la oración en todo el tiempo anterior al exilio; es la oración de la asamblea litúrgica, la oración del culto (*Ex* 12,27; *Lv* 9,24; 23,21; 23,3). El individuo que ora, lo hace como miembro del pueblo. La oración personal de Abraham (*Gn* 18,23-33). Moisés (*Ex* 8,8; 9,2a; 32,11; *Dt* 9,18. 25-29), Salomón (*1 R* 8,30-51), Elías (*1 R* 19,14; 17,1; *St* 5,17) es oración por el pueblo.

La conciencia elemental del que ora es la fe en la presencia de Yahvéh en medio de su pueblo (*Ex* 33,16. Cf. *Enciclopedia de la foi*), y como la iniciativa parte de Dios, su acto fundamental es escuchar la Palabra (*Dt* 9,1; 5,1; *Os* 4,1). Dios le manifiesta sus exigencias: fidelidad a la alianza y cumplimiento de sus preceptos y el hombre responde con la obediencia, con la adhesión a su voluntad, en la oración.

Cuando el hombre no responde con fidelidad a la Alianza, la palabra profética anuncia el designio de Dios: es la Palabra poderosa en la boca del Profeta (*Am* 7,10; *Jr* 5,14; *Os* 6,5; *Jr* 23,25). El oráculo penetra como parte activa en los acontecimientos y no es simple constatación por adelantado. Es palabra que llama, mueve a la conversión, interpela, denuncia, acusa, amenaza, acorrala al hombre hasta que confiesa (*Sal* 49; *1 S* 12,3; *Am* 6,8). Todo el tiempo que permanece firme en Israel la fe, sostenida por la presencia de Dios en el pueblo, la oración se mantiene profundamente enraizada en la vida de Israel.

Pero el panorama cambia hacia el fin de la realeza. Al desmoronarse todo lo que sostenía la vida religiosa, la fe Yahvista entra en crisis y con ella la oración de Israel. Entonces, el destino personal pasa a primer plano. El judío piadoso, en su desgracia está *solo frente a Dios*, ya no encuentra sostén en la historia del pueblo, ni en sus sacerdotes, sacrificios y fiestas anuales. No puede esperar la consolación que viene de Sión, porque el Templo está destruido (*Sal* 10; 12; 73; *Jr* 12,1). Es la pedagogía de Dios que quiere “llevar a Israel a una relación religiosa mas personal, darle una

conciencia más clara de la salvación espiritual, encaminarlo hacia una piedad interior”. Al estar cuestionando todos los valores considerados hasta ahora como bendiciones -larga vida, paz, fecundidad, abundancia de bienes- el judío piadoso encuentra el *valor* por excelencia: el de *la comunión con Dios* que intuye durará mas allá de la muerte, aunque no sabe cómo se realizará (*Sal 72*). “Para mi lo bueno es estar junto a Dios”.

Hemos tocado la cumbre de la oración en el AT expresada de manera particularmente bella en los salmos, síntesis de la oración de Israel. En el crisol del destierro se prepara el Israel nuevo un resto surgirá “que se apoyará con firmeza sólo en Yahvéh” (*Is 10,20*).

Esta oración del período posterior al destierro amplía el horizonte, lo universaliza hasta proclamar la salvación para todos los pueblos (*Is 66,18*), pero al mismo tiempo lo concentra en un solo punto, en el único que puede llevar a su cumplimiento perfecto la oración de Israel: CRISTO. “Continuidad y cumplimiento, pero al mismo tiempo, superación y ruptura, caracterizan todo el mensaje de Jesús como también su oración” (cfr. Hamman, “La Oración”. *Lc 3,21; 5,16; 6,12; 9,18. 28; 10,21; 22,32; Mt 14,23-25; 14,19; 19,13. 26. 36-44; Mc 6,46; 7,34*).

Jesús es el nuevo templo, la liturgia viva, el sacrificio único, la alabanza permanente, el único lazo de amor perfecto entre Dios y los hombres. Cristo, palabra encarnada, revelador del Padre *es toda la Palabra de Dios*. “Dios ha dicho de una vez por todas y definitivamente en Cristo todo lo que tiene que decir a un hombre” (Urs von Balthasar, *Verbum Caro*, p. 36) pero también es “el que escucha” (*Jn 5,30*) y el que da la única respuesta totalmente adecuada en su obediencia al Padre, el que posibilita nuestro acceso a Él, nuestra oración. No puede haber oración sino en Cristo. No nos dio sólo una fórmula de oración (*Mt 6*) sino la posibilidad misma de hacerla; en su oración está el modelo de la nuestra. La Iglesia, con María, continuará a través de los siglos esta oración ininterrumpida, este canto expectante. En esta etapa de la espera del Señor que ya viene, en esta etapa de la Iglesia, se sitúa la oración del monje.

### III) Dimensiones de la Oración monástica

#### a) Oración continua

La oración del monje se presenta, en la historia del monaquismo, como *una actitud de atención amorosa* lo más continua posible. No se trata de orar de tiempo en tiempo, sino que, toda la vida del monje es vida de oración. Esa atención a Dios, ese estar vueltos hacia Dios, exige, por un lado, la renuncia a todo lo que pueda distraer o separar de Dios, y por otro, la búsqueda, o la práctica de aquello que puede mantenerlo en su presencia y unirlo más y más a Él.

#### b) Notas comunes de ambas tradiciones

En los antiguos monjes, tanto los padres del desierto como los cenobitas encontramos esto de común:

1. extraordinario aprecio por la oración
2. un considerarla como una relación vital con Dios
3. el ejemplo y la exhortación del Señor los impulsa a velar y orar ininterrumpidamente.

Es clásica la frase de Casiano: “Todo el fin del monje y la perfección del corazón tienden a perseverar en una oración continua, ininterrumpida”. La oración de los monjes se da como una rumia frutiva de la Palabra de Dios, particularmente de los Salmos. En todo momento y lugar, el monje “come”, “mastica”, Palabra de Dios de modo que ésta se transforma en vida (cf. *Vita Antonii 4,44*).

En los primeros siglos del monaquismo, no encontramos la división entre *lectio, meditatio, oratio, contemplatio* que a posteriori hicieron monjes más doctos. No significan partes separadas. Son un todo, una unidad, como diferentes posturas del alma que está siempre buscando el Rostro de Dios. Tampoco encontramos que se de una diferenciación entre oración practicada en común, de la hecha en privado. El monje busca orar siempre; medita la Escritura, rumia los salmos ya en forma solitaria, en su celda, ya reunido con sus hermanos, a horas determinadas. *Hay un ritmo de continuidad* entre la oración solitaria y la hecha en comunidad y el paso de la una a la otra se hace sin ruptura ya que tanto su contenido como también en la forma de realizarlas, no existe una distinción esencial. El monje alaba a Dios con toda su vida, toda ella es *Opus Dei*. (Más tarde San Benito aplicará esta expresión que en su época significaba la oración, en todas sus formas. cf. *Coll. Cist.* 33, 1971, p. 44).

### c) Evolución en la historia

San Benito señala un jalón en la evolución de la oración común: recibe toda la tradición oriental a través de Casiano, la influencia del Maestro y también la de las liturgias basilicales, especialmente la ambrosiana. Armonizando todos estos elementos crea una forma bien *estructurada de oración común*. Toda la vida del monje continúa siendo una búsqueda de Dios y un esfuerzo de oración (para San Benito “el amor a Cristo” y “la obra de Dios” son las actividades que gozan de una primacía “absoluta en la vida del monje” cf. *Coll. Cist.* 33, 1971, 1; cf. RB caps. 4,21 y 43). El *Opus Dei* marca los tiempos principales para la oración continua y es una forma particular de la única actividad espiritual que llena toda la vida del monje. “Es la actualización temporal -realizada en común- de la conversación íntima e incesante que el monje mantiene con Dios durante el día” (A. de Vogüé).

En siglos posteriores, el oficio toma un lugar cada vez más preponderante en la jornada monástica, tanto por el tiempo que se le dedica, como por la importancia que se le otorga. Toda la economía monástica estaba organizada en función de la alabanza divina que absorbía la mayor parte del tiempo. En Cluny, por ejemplo, la vida del monje se identifica hasta tal punto con la liturgia que ella abarca prácticamente todo el día (preparación y ejecución).

Además es necesario reconocer la influencia que ha ejercido en el monaquismo medieval la existencia de los monasterios basilicales. En ellos la celebración parece haber sido su razón de ser y la única ocupación, cuando en realidad es sólo un aspecto, aunque importante, del ideal benedictino.

La oración monástica sufre pues la influencia del mundo clerical y también sus consecuencias: el oficio se hace más complicado y adornado y se le da más importancia a la perfección material (*Mélanges Bénédictines. Le chant et les chantres dans les monastères*). Además se percibe una especie de ruptura material entre oración comunitaria y oración personal en el sentido de que ahora ambas constituyen dos momentos bien diferenciados. Sin embargo, la oración solitaria está siempre impregnada y coloreada por los misterios de salvación que se celebran en los oficios; en ellos no se medita, pero luego, la oración y la contemplación del monje son como la prolongación e irradiación del misterio vivido en la liturgia. Ella es el camino por el que los monjes entran en la Escritura y en los Padres y se penetran en los grandes temas tradicionales y a su vez, la liturgia es el comentario normal de la Escritura (*Pedro, el Venerable*, de J. Leclercq, p. 338). Es decir, que a través de los matices y hasta de las desviaciones que se han vivido a través de los siglos, la genuina espiritualidad benedictina, ha conjugado siempre ambos aspectos de una única realidad: la vida de oración que es en definitiva la búsqueda constante de Dios. Así pues, en el espíritu de san Benito el culto litúrgico y la oración silenciosa se condicionan. Se suponen, se interpenetran.

### d) Rasgos de la oración monástica

A través de la historia, la oración monástica aparece como un hecho que ha presentado ciertas características constantes:

- 1 - la necesidad de orar siempre
- 2 - el papel preponderante de la S. Escritura
- 3 - su carácter cristológico
- 4 - la necesidad de pureza de corazón y de ascesis
- 5 - su libertad respecto de los métodos
- 6 - su intención contemplativa
- 7 - su función “en la Iglesia”: Sacerdotal, profética y real en valor de triple servicio
- 8 - dirección escatológica.

Estas notas están fundamentadas teológicamente en el carácter de toda oración cristiana ya que la oración monástica no es algo distinto de ella sino que pretende ser su expresión más honda, dado que constituye algo esencial en la vida del monje. Precisamente por esto se acentúan ciertos matices que tomados en su conjunto nos permiten hablar de una *oración monástica*.

Si nos preguntamos por qué aparece en el cristiano (monje) *la necesidad de orar siempre*, debemos responder que, además del precepto del Señor, ello se debe a la propia realidad del ser creado en Jesucristo que tiene todo cristiano. En Cristo se dan dos aspectos principales: la relación al Padre y su misión al mundo. El monje encarna la relación total de Cristo al Padre, el deseo de “agradar sólo a Dios”. La oración monástica es como la actualización del ser del monje, una “manera de existir delante de Dios” o como dice la Escritura “caminar con Dios, andar en Su presencia”. Esta es una relación personal, una apertura a Su Palabra. El monje, que concentra toda su vida a esa relación, es el auditor por excelencia de la Palabra. De aquí la importancia que la S. Escritura tiene en su vida. El monje escucha la Palabra para responder a Dios y unirse a Él. La Palabra, se deja penetrar por ella, la hace suya. La Palabra que se dirige al hombre es portadora de gracia, de perdón, pero es también juicio. A su luz el hombre reconoce su carácter de criatura pecadora que le separa del Dios santo y la *necesidad de purificación y de renuncia* (o ascesis) que es un valor “que permite caracterizar la vida del monje, como “un dinamismo de renuncia que conduce a la experiencia de las realidades eternas» (cf. Pablo VI, 18-10-66. “Hacia Cristo”, P. A. Roberts, p. 15): “por el progreso de la vida monástica (*conversatu*) y en la fe... participemos de los sufrimientos de Cristo y merezcamos acompañarle en su reino” (RB Prólogo); y como dice en otra parte: “el monje llegará a aquel amor perfecto que el Espíritu Santo se dignará manifestar a su obrero limpio de vicios y pecados...” (cap. 7). Este es el carácter pascual de la ascesis monástica que está toda orientada a la plenitud de la oración cristiana y vida en Cristo (Cfr. *Venite Seorsum* I; “L’exigence de Dieu”, P. Regamey). La capacidad que el hombre recibe para comunicarse con Dios, la alcanza por medio del Espíritu que le da un corazón: puro, nuevo, que escucha y lo hace “criatura nueva”.

Nuestra relación es una relación al Padre, por Cristo, en el Espíritu. Toda oración cristiana es una oración en el Espíritu. Él es el que nos da el espíritu de hijos. No es un espíritu de servidumbre sino de adopción y esta cualidad de hijos da a la oración la “parrhesia” (seguridad, audacia, confianza). El monje es libre respecto de métodos para orar al Padre. Dice von Balthasar: “El hijo de Dios es libre, libre de hablar al Padre según su corazón”. Tiene en su corazón el Espíritu de Dios y el Espíritu ora en él.

Nada es tan libre como el amor y fuera del amor no hay libertad. Es el Espíritu de amor que nos une a Cristo en relación nupcial -de ahí la importancia del *Cantar de los Cantares* en la tradición monástica- y da intención “contemplativa” a nuestra oración, ya que el amor tiene como exigencia vital el de complacerse en la verdad y en sus misterios y beneficiarse de su acción transformante (“L’exigence de Dieu”, P. Regamey). La aspiración contemplativa y la dirección escatológica son la esencia misma de la oración monástica.

El estar abierto al acontecimiento del retorno del Señor ha marcado profundamente la oración monástica con un carácter de “vigilia”.

El contemplativo no está solo. Es miembro de una comunidad constituida por la audición de la Palabra. La contemplación es la repetición en el hombre particular de un acto cumplido antes en la Iglesia. Nunca es un acto solitario sino una acción que coloca al hombre en el centro de la Iglesia. La gracia que hace al hombre auditor de la Palabra es siempre una gracia en y por la Comunidad. Lo que el contemplativo capta y comprende se incorporará a la inteligencia de la Iglesia (Cons. *Dei Verbum* 8). Lo que adora, en presencia del misterio incomprensible, entrará de una manera viva en la actitud de adoración de la Iglesia y fecundará desde el interior nuevos hombres de oración.

#### IV) *Valor eclesial*

Llegamos así al valor eclesial de la oración monástica. La Iglesia dice “que por la oración de los contemplativos la humanidad alcanza su plenitud y que por ella, por la participación de la Eucaristía y la celebración del Oficio Divino se realiza la más noble tarea de la comunidad de orantes que es la Iglesia” (*Venite Seorsum* III) y que “esa plegaria, es el punto a que tiende como a su cima toda la acción de la Iglesia” (SC 10). En la Iglesia todo tiene valor por su referencia a Cristo (LG 3). La oración contemplativa es la que muestra en el tiempo presente, a Cristo orando en la montaña (LG 46) y también la que introduce en el misterio del coloquio inefable que Cristo N. Señor continuamente mantiene con su Padre celestial, en cuyo seno le expresa su amor infinito (*Venite Seorsum* III).

##### a) *Carisma*

Toda la misión de Cristo se prolonga en la Iglesia a través de los tiempos y personas, pues el Espíritu Santo provee y la gobierna con diversos dones jerárquicos y carismáticos (LG 4) a fin de que la obra que realizó el Hijo sea participada en diversidad de ministerios dentro de la única misión (LG 4).

La Iglesia reconoce la vida contemplativa como carisma, al aprobar los institutos dedicados a la “asidua oración” y ve en ella un verdadero servicio en la Iglesia. Este ministerio aunque misterioso y difícil de caracterizar, se desplegará por la fecundidad del amor que impulsa al monje orante en un triple servicio que deriva de su función sacerdotal, profética y real de bautizado.

##### b) *Triple servicio*

###### Función sacerdotal

- a. *servicio de unión a Dios en el Reino.* La vida de oración es unificante para el que la lleva y uniéndose a Dios se une a los otros y los une a Dios (*Jn* 17; LG 6)
- b. *servicio de intercesión por el Reino.* Porque el orante y aquellos por quienes ora entran en el querer de Dios (AG 40; Cons. *Umbratitem*; *Venite Seorsum* III)

###### Función profética

- c. *servicio de testimonio del Reino.* En que al participar de la presencia y acción profética de Cristo, penetrando en la Palabra, anuncia lo que es Absoluto y realiza anticipadamente lo que será el conocimiento escatológico de los elegidos (*Le défie de la Vie Contemplative*, Leclercq, p. 43)

###### Función real

- d. el monje elevado, transfigurado por la gracia, liberado por el Espíritu alcanza el Reino. Los monjes son ya (o deben ser) el Reino del que habla el Apocalipsis y que prefiguran en sus vidas: “están delante del trono de Dios dándole culto día y noche en su santuario”.